

puesto para el esfuerzo. Pronto lo veremos desaparecer tras una pieza de ganado y, ese mismo hombre se transfigura, realza su estatura, muestra sus músculos que creíamos ausentes, cambia de gesto, realizándose «la noble creación de un tosco centauro: emergiendo de improviso en los claros, sumergiéndose en frondosos arbustos, saltando parapetos y lagunajos, recuperando las cabezas de ganado extraviadas, rompiendo rápido los desgarradores espinos, precipitándose, a toda carrera, por los extensos llanos salpicados de matas». Pero luego retorna a su laxitud, a su abandono. Y es que el yagunzo tiene que aprovechar cada instante de energía, tiene que esforzarse, darse entero, entregarse a las celadas del destino. La vida entre la opulencia de las lluvias y la abstinencia de las sequías le ha convertido en un ser de ímpetu extraordinario y continuas apatías. No algo intermedio, sino una fusión de impulsos opuestos que se suceden en su personalidad contradictoria, intermitente y extraordinaria.

Sabe ser también sumiso con el patrón y solidario con sus compañeros de infortunio. Conoce, una a una, todas las reses, cuida de ellas sin que el hacendado precise controlarle. El sertanero es incapaz de robar o matar una sola presa, ni siquiera bajo la mordedura del hambre. Es honrado con el señor y con el vaquero. Si se encuentra una res que no es suya, la cuidará junto a las otras, con el mismo trato y la devolverá, más tarde, a su auténtico dueño. Todos ellos se comportan así. A veces se pierde una vaca y ésta da crías. El yagunzo que las encuentra hará grabar sobre el lomo de las recién nacidas la misma marca de la madre. No hay engaño en él, no hay mentira. Cuando un vaquero tiene alguna dificultad surgirán enseguida cantidad de yagunzos para auxiliarle, para acompañarle, para enfrentar con él las penalidades de una vida extenuante⁷.

¿Cómo, entonces, puede explicarse la rebelión de Canudos? Para responder a esta cuestión es preciso remontarse a los oscuros orígenes de este personaje de leyenda. Buscar en su sangre la diversidad de razas y de civilizaciones que lo constituyen. Es un mestizo y la mezcla de culturas tan lejanas «es, en la mayoría de los casos, perjudicial».

Las distintas y contradictorias características, procedentes de Africa, América y Europa, con sus diversos estadios evolutivos van a desembocar en un ser atrasado, en permanente desequilibrio comparable en su comportamiento a los histéricos. Se anulan así, «en poco tiempo distinciones resultantes de un lento trabajo selectivo». El mameluco, mulato o zambo «es un decaído sin la energía física de sus ascendientes salvajes, sin la altura intelectual de los blancos». La fatalidad de las leyes biológicas se refuerza con los climas enfrentados y la dureza de la tierra, para presentar este carácter singular, a la vez «inquieto, inconstante, deslumbrando en un momento y apagándose enseguida». Su religión al igual que su raza es también mestiza. Se caracteriza por la influencia africana e indígena que modifica y retarda la doctrina que llegó a América con la colonización. Hasta aquí las explicaciones de Euclides da Cunha. En ningún momento llega a suponer que Canudos pudiera ser el reflejo de una protesta social, canalizada a través de la única posibilidad que les quedaba de integrarse en una ideología. Si esta secta

⁷ Darcí Ribeiro, escritor y antropólogo brasileño, explicaba en una de sus conferencias proferidas sobre temas nordestinos, que un vaquero es capaz de pasar una noche en claro buscando un veterinario para su patrón, mientras que justifica su inmovilidad frente al padecimiento y muerte de un hijo suyo con la irrevocabilidad de los designios divinos. Este ejemplo puede dar idea del tipo de servilismo al que están acostumbrados los vaqueros nordestinos y de su religiosidad.

era más o menos heterodoxa, con más o menos rituales ancestrales, herencia del pasado que los aunaba, no tiene mayor importancia. Lo fundamental, lo que Euclides no dice, la raíz misma del problema que desencadenó un rechazo de tanta magnitud como para exterminar la secta de Canudos, no podía estar en una doctrina de atrasados de la civilización, desequilibrados o histéricos. Lo que allí se defendía no era tal o cual dogma religioso, sino quién tenía el poder. Y los hacendados, coroneles o gobernantes no podían permitir la más leve duda a este respecto. El que grupos de cangaçeiros, yagunzos o fanáticos pudieran vivir fuera del sistema que ellos protagonizaban era un reto incomparablemente superior a una guerra de religión o a la sublevación de una facción monárquica contra el gobierno de la República. Canudos, en consecuencia, no sería el único movimiento. Y no lo es. Hay muchos más.

5. Movimientos Mesiánicos

Los sertones nordestinos van a verse inflamados, en la época que comentamos, por numerosas agitaciones religiosas, mesianismos de toda índole, engendrados por profetas o iluminados, que amparan a su sombra millares de hombres, mujeres y niños famélicos, que buscan a ciegas, agarrándose a una última esperanza, el remedio a sus males, al hambre, a la enfermedad, a la miseria. Hacer una relación completa de todos ellos sería imposible en estas breves notas. Intentaremos mostrar algunos como ilustración de esos fogonazos que se encienden aquí o allí, iluminando la tragedia del sertón y cuyos reflejos, largamente esperados, conducen a las multitudes a la demencia, a la irracionalidad y, muchas veces, a la muerte.

La primera en el tiempo, Piedra Bonita, la recoge el mismo Euclides da Cunha⁸. En el estado de Pernambuco, el lugar llamado Sierra Talhada fue escenario, en 1837, de rituales primitivos y sangrientos. Un mestizo llegó a convencer a familias enteras que, en brevedad, llegaría el rey D. Sebastián rodeado por un ejército de ángeles para castigar a la humanidad ingrata y premiar con innumerables riquezas, a todos aquellos que colaboraran en la creación de su reino mágico. Para que se produjera su aparición solamente era necesario quebrar la roca en la que se materializaría su presencia, desgajándola, desmoronándola por medio de sangre inocente, cuyo aroma milagroso sería capaz de trazar un puente sagrado, a través del cual el encantado rey pudiera descender a la tierra. Todo un holocausto infantil tuvo lugar en aquel altar monstruoso. Las mismas madres se disputaban el honor de ser las primeras de entregar a sus hijos al sacrificio. La sangre chorreaba por las laderas de Piedra Bonita, las cabezas y los cuerpos infantiles rodaban semejantes a títeres en un guiñol macabro. Se elevaba un tufo que nunca alcanzaría los cielos y la atmósfera se llenaba de algo hediondo, fétido, impidiendo, mucho tiempo después, habitar el lugar, porque aquella pestilencia permanecía aún pegada a la roca, teñía los arbustos y contaminaba el aire.

Juazeiro del Norte, pequeña ciudad en el centro del valle de Cariri, en el sur de Ceará, será también el foco de un enorme grupo de miserables que peregrinarán en busca de consuelo. El patriarca de este movimiento será el Padre Cícero, con fama de santo

⁸ *Obra cit.* p. 98.

desde que, en marzo o en junio de 1890, se convirtió en sangre una forma consagrada que éste puso en los labios de la beata María de Araujo. Este hecho será difundido por los sertones, dando enorme fama al padre como autor de milagros. El gran número de desarraigados que se fue concentrando, a principios de siglo, en la pequeña ciudad de Juazeiro será utilizado como potencial para sus fines personales por un aventurero, médico de profesión, llamado Floro Bartolomeu. Este llegará a ser diputado federal por el Estado de Ceará, jefe de yagunzos, polémico en el parlamento y en la prensa, coronel, en definitiva, del valle de Cariri. En extraordinaria simbiosis con el Padre Cícero, apaciguarán ambos la rebeldía sertanera, la salvaje violencia que engendra el hambre. Floro será inspirador de un célebre «pacto de los coroneles», pondrá en fuga a las tropas del Gobierno Estatal de Ceará, llegando incluso a entrar en Fortaleza, e impedirá el poder de los grandes latifundistas sobre el de la pequeña burguesía industrial. El Padre Cícero calmará los ánimos de los yagunzos en los tiempos más difíciles, llegará a ser un mediano propietario, dando trabajo a muchos necesitados, potenciando una artesanía popular muy conocida en el nordeste, y satisfará las necesidades religiosas de una multitud, siempre que ella se sometiera al poder de los coroneles. Honorio Vilanova, antiguo sicario de Antonio Consejero, huido a Juazeiro, comparando ambos movimientos, no encontrará ninguna semejanza, porque mientras uno —el Consejero— distribuía entre los pobres todo lo que recibía, el otro lo acumulaba. Si uno reaccionaba con las armas contra los potentados, llegándose al casi total exterminio de sus seguidores, el Padre Cícero disciplinó, en la medida de lo posible, los excesos de la fe y el fanatismo sertanero. Ciertamente no eran comparables ambos movimientos y es esta la razón fundamental de que el fenómeno de Juazeiro no fuera pasado por las armas.

En el caso de Caldeirão y Pau de Colher, en cambio, el desenlace fue trágico. El negro Zé Lourenço, fiel seguidor del Padre Cícero, había difundido a su alrededor una aureola de santidad. Un toro que le acompañaba, de nombre Mansiño, realizaba prodigios según rumoreaban aquellas gentes milagreras. Fue tanta su popularidad que el mismo Floro Bartolomeu, temiendo el despertar de una creencia equívoca, mandó vender el animal para ser sacrificado. Como el toro, buey o cebú, que este punto la historia no precisa, era propiedad del Padre Cícero, así se hizo, acabándose de una vez con todas las habladurías y leyendas. Nueve años después, en 1930, la figura del Beato Lourenço vuelve a aparecer, esta vez a lomos de otro animal sagrado: un caballo. Había conducido a su grey, los penitentes, al lugar conocido por Caldeirão, una de las posesiones del Padre Cícero que desde su muerte pertenecía a los salesianos. Allí excavaron pozos, canalizaron numerosos riachuelos humedeciendo los resecos terrenos y sembraron el lugar. Pocos años después aquellas tierras tenían plantaciones de algodón, maíz, arroz, frijol, mandioca y caña de azúcar. Incluso habían construido un ingenio para elaborar la rapadura y la miel de caña. *Sus vestidos eran realizados en su totalidad por ellos mismos: el algodón recogido de las plantaciones era teñido, tejido e hilado por los penitentes.* Sin una clara justificación, como había sucedido en Canudos; fue enviado a Caldeirão, el 9 de noviembre de 1936, un destacamento de la policía militar. Se les dio un plazo de cinco días para abandonar el lugar y antes de cumplirlo ya estaban ardiendo la totalidad de los barracones, plantíos y cañadas. La versión oficial fue que los mismos penitentes habían provocado el incendio. Hecho un tanto improbable si consideramos que